

## **Sueño**

Viene la noche  
sobre los cerros  
y en el fogón de la casa  
mis antepasados  
me hacen señas  
desde la distancia

## ***Pewma***

*Nagpay pun  
wente winkul  
kütralwe-püle  
kuifikeche  
maichül-maichülngey  
allfüley ta mapu  
pilu trokifiñ*





# Los napülkafe, viajeros del wallmapu, en el antiguo paisaje mapuche

JOSÉ ANCÁN JARA

...entonces, como antes, la gente iba al *Puel Mapu*. Cuando mi padre fue para allá, porque era muy argentino... quizás cuantos días, meses, quizás cuánto tiempo. Dicen que yo estaba por nacer... Nací al amanecer y algún día voy a morir al amanecer... así es... las personas antiguas así como se fijaban, así resultaba... Al avanzar la mañana, rodeando los animales de mi padre, el finao Ankañ dicen que llegó a ver a mi madre... “tuve *guagua*” es que dijo mi madre... “¿qué es?” preguntó el hombre... “¡Ay!” que dijo mi tío Pancho... así hablaban los viejos... “tráigalo para acá señora...” y dicen que me tomaron en brazos, yo era chiquitito, recién nacido. En ese momento dijo mi finado tío “¡Ha nacido mi *laku* señora, ha nacido mi *laku*. Se llamará Juan Ankañ”. Porque Juan Ankañ era el padre de él... En eso introdujo su saliva en mi boca. “Algún día este será hombre sabio, será orador, estará en medio de buena gente”, es que dijo finao Pancho... Entonces sabe lo que hizo? Trajo una camisa vieja y me envolvió con ella... “Tendrá mi sabiduría” es que dijo... “Es muy bueno ser sabio”. Entonces, cuando llegó mi padre del *Puel Mapu* ya tenía nombre... Finao Pancho, ese era su abuelo, verdadero abuelo...a sí me crié yo... **(Relato de mi abuelo paterno, don Juan Kalfin [Ankañ] de Wilfo, traducido del mapuzungun, al igual que los otros testimonios, por Víctor Cifuentes Palacios).**

## Introducción

Buen tiempo hace ya que escuché de mi *laku* Juan por vez primera esta historia fascinante, que de tanto en tanto vuelve a surgir de su boca desgastada, pero aún enérgica y alegre cuando corresponde. Relato a su vez escuchado de sus mayores; historia que en destellos de otro tiempo vuelve a situar a antiguos y actuales en el círculo poderoso de la oralidad. No es en vano que mi viejo me cuenta siempre este relato, pues él sabe más que nadie que por sangre y alusión directa de los antepasados, me involucra y al hacerlo, vincula a éste, mi tiempo dislocado, con ese olor que emana a epopeya, en la figura protagónica del padre de mi padre; *kimche* y *napiülkafe* que enfiló sus huellas en el amplio tiempo de la libertad. No conocí de él más que en los *nütram*, que diáfanos reproducen su palabra y sus viajes famosos hacia el *Puel Mapu*, desde donde dicen que trajo prestigio y poder, emblemas que a los de ahora aún parecen acertijos y que tal vez algún día descifraremos.

Cerca o más de 100 años tiene ya mi querido tata Juan, que nunca derivó en agricultor. Por longevo ya no puede montar su caballo, que se le presenta presto y ensillado esperándolo en la puerta de su *ruka*. El siempre, con una sonrisa, espera mis preguntas, que invariablemente derivan en otras preguntas, ansiosas por recuperar siquiera en la imaginación una brizna de lo perdido. Lo que sigue, como un antiguo camino que apenas se supone antes de recorrerlo es, sin duda, una referencia directa de todo eso...





## Los viajeros *Napiülkafe*

Los que hemos tenido la fortuna de vencer distancias aparentes, por ser partes integrantes del círculo privilegiado del habla tradicional mapuche, recreada en su amplio registro de posibilidades por algún anciano memorioso, hemos escuchado muchas veces, ya sea en la clave del canto o relato y en tono que resuena a hazaña épica, la expedición hacia el otro lado de la cordillera de algún viajero, a veces un antepasado directo, un *napiülkafe*. “Palabra de los antiguos”, con nostalgia dicen hoy los viejos al mentarla. En desuso en el lenguaje cotidiano, alude a significados hoy extraños, en su derivación de *nampiülkan*, que algunos traducen como libertad. Algo es claro, el concepto siempre se atribuyó a las largas peregrinaciones hacia las tierras del *Puel Mapu* oriental (actual Argentina), aquel dilatado territorio que en su actual insólita vastedad, se estiraba y estiraba en holgada promesa, hasta tocar las orillas del océano Atlántico.

Con otro paisaje y otros usos en la mirada, estos jinetes *napiülkafe*, hasta hace poco más de un siglo enérgicos, transitaban caminos inscritos en el *Ngulumapu* - actual Araucanía chilena - en medio de selvas enormes y espesas, hoy inimaginables en el paisaje de carreteras y poblados que cubren por doquier esta parte del País Mapuche. *Ngulumapu*, tierra entre dos cordilleras hasta el borde del mar Pacífico, era un concepto que claramente percibía las peculiaridades de este espacio occidental, de límites mucho más amplios que la actual Región de la Araucanía.

Honda paradoja para las percepciones actuales, pero reflejo evidente de una aptitud de movilidad y adaptación que sorprende. En sus continuas travesías, remontables a ese lejano







*En lengua mapuche - mapudungun - lago se dice lafken, lo mismo que el el mar.*





Lago Conguillío.





105  
106

tiempo en que el caballo dejó de ser sorpresa tornándose en orgullo y necesidad de notables, aquellos caballeros mapuche fueron conociendo e incorporando al imaginario cultural colectivo una compleja y eficiente red geográfica, que daba funcionalidad y coherencia a esta inmensa comarca, nombrándola desde una lógica espacial determinada, fuertemente señalada por su sentido direccional oeste-este. Semejante nervadura de hitos, ajustados en una naturaleza desbordante, pero no antagónica a la ocupación humana, acogía huellas multidireccionales *-rüpiü-*, miradores elevados *-adkintuwe-*, ríos *-lewfü-*, mares/lagos *-lafken-*, volcanes *-señ-*, colinas, vados, confluencias, rastrilladas, *menoko* y muchos otros, cada uno con su nombre y su secreto, todos accidentes naturales y culturales que posibilitaban comunicaciones, desplazamientos e influencias múltiples entre las diferentes jurisdicciones que poblaban el *Wall Mapu* autónomo.

El *Puel Mapu*, porción oriental de aquel *Wall Mapu*, ofrecía un radical cambio de fisonomía con respecto al *Ngulumapu* del poniente. Hasta hoy cualquier viajero curioso, al cruzar el macizo andino en esta zona, puede dar cuenta de cómo casi abruptamente aparece dicho suelo. Territorio de bordes resueltos y tonalidades ocres, una vez abandonadas las últimas estribaciones cordilleranas, también es denominado *Waiduf Mapu* o toda tierra que está detrás de los cerros. Aquí se abre a la Pampa llana, seca, plana y profunda en su extensión horizontal; tan diferente











*viajar desde el Ngulumapu  
a las tierras orientales,  
generalmente portando  
un cargamento de textiles  
y platería, era evidencia y  
mensaje de intercambio*

en sentido y configuración a ese verdor circunscrito y húmedo del lado poniente. Repentino cambio de perspectiva espacial, ahora abierta y sin mayores puntos de emplazamiento, salvo las referencias estelares en los traslados nocturnos y el secreto lenguaje de los vientos. La mirada configuraba allí una amplia y constante línea de horizonte azuladamente lejana, pero embrolladoramente atractiva para los aventureros *Nguluche*. Así, el concepto *Puel Mapu* -hasta donde la tierra plana alcanza- adquirió pleno sentido en la paradigmática e irrefrenable promesa de prosperidad y poder (en el amplio sentido del concepto), que para esos antiguos *napülkafe* proporcionaba esa ruptura ambiental. De seguro que no era más que la heterogénea continuidad de un solo gran país, donde las montañas nevadas y los desfiladeros desafiantes eran sólo un accidente en la ruta y parte consustancial de ese *Wall Mapu* soberano.

Malamente acostumbrados por una historia reciente de forzadas y relativamente efectivas chilenizaciones y argentinizaciones, que en más de un sentido ya amenazan con ser elementos culturales definitivos, en nuestro caso hemos tendido a considerar solamente a los pequeños y cada vez más restringidos espacios reduccionales como el exclusivo Territorio Mapuche, sumisa consideración que hoy larvadamente empieza a ser cuestionada. Más allá de ello y pese a la cruda cercanía de la derrota político-militar de fines del siglo xix, todavía nos cuesta imaginar otro horizonte que no sea sólo la imagen agresivamente contrapuesta de campesinos cercados de alambradas, espigas esmirriadas y árboles extraños, cuando no la cruda invisibilidad mapuche de migrantes y urbanos.

Pero ese otro tiempo memorable y vasto no es tan remoto como para que se haya quedado encerrado para siempre en los deslindes fantásticamente difusos del mito o la leyenda. Algo más que los ecos ajenos de una entonación distintiva en ademanes y gestualidades se ha quedado rondando en las reminiscencias fragmentadas que habitan los recuerdos más añosos, esos que alcanzaron a formar sus primeras armas en los últimos destellos de la tradición autónoma. Esos recuerdos están fijos en sus dimensiones más insondables y por eso más profundas de todo conocimiento humano, en la de su memoria. A la simple vista del extranjero estas reminiscencias confunden lo que se llama real con lo mágico, atesoran en sus recovecos no sólo la prueba irrefutable de lo que para los actuales es “la verdad”, sino que una verdadera caja de sorpresas multiforme e inagotable.

En efecto, para nuestros “antiguos”, el viaje al *Puel Mapu* era mucho más que una aventura económica o comercial de intercambio de bienes, mucho más. Era experiencia pedagógica de hombres por excelencia y también la marca iniciática que separaba la niñez de la edad de “ser persona”. Prueba socialmente irrefutable de valor, viajar desde el *Ngulumapu* a las tierras orientales, generalmente portando un cargamento de textiles y platería, era evidencia y mensaje de intercambio a las relaciones establecidas o por establecer en la ruta. A veces, si el viaje duraba más de la cuenta, mejor era entonces la recepción a la vuelta y mayor el prestigio ganado por el viajero. Elocuente testimonio eran las cabezas de ganado cimarrón o el secreto *newen*, que en forma de piedras caminantes, dicen, podía conquistarse en aquellas tierras vedadas a los menos valientes. Tanto o más importante que ello eran las alianzas familiares ganadas en el camino, elemento fundamental dentro de la trama del gran tejido de lazos parentales que horizontalmente cruzaban a la sociedad mapuche autónoma de hace poco más de un siglo.





Elementos der arte ecuestre mapuche. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino.

*Aperos y cabalgaduras, artefactos, vestuario, cantos y un cierto aire decidor, hasta ahora se asocian indudablemente a un rango de prestigio cultural*

Doblemente impuesta en los imaginarios colectivos a ambos lados de los Andes, la línea de frontera implacable marcó, desde fines del siglo xix, no sólo la bipartición mapuche en dos repúblicas diferentes, sino que la misma configuración y desenvolvimiento futuro en los respectivos estados nacionales. Si bien es cierto que con la derrota e incorporación a Chile y Argentina se rompió abruptamente la independencia política mapuche y de hecho la correcta conjugación del concepto *Wall Mapu*, un cierto resabio de esas antiguas travesías, vías de comunicación y movilidad cultural entre las familias que quedaron a ambos lados de la cordillera se mantuvo algún tiempo después, atesorado en las tradiciones de este lado, cada tanto reflejadas en el marcado prestigio atribuido a todos aquellos rasgos clasificados como “argentinaos”. Aperos y cabalgaduras, artefactos, vestuario, cantos y un cierto aire decidor, hasta ahora se asocian indudablemente a un rango de prestigio cultural a los ojos de quienes mantienen la reminiscencia de los itinerarios y las historias memorables que se depositaron en el rastro polvoriento de aquellos *napiüllkafe*.







*Mankian* Ruca Lame, Lobería.

## El *Wall Mapu*: una plataforma esparcida entre dos mares.

En la cordillera había una piedra... decía mi papá que hay que pasar a hincarse, a hacer oración... ahí. Si a uno que le va ir mal, se trompieza, se cae y va estar mal, va estar enfermo, no va a encontrar trabajo, esa es la seña que le da... si le sale mal tiene que volver... tiene que soñar... Después, *Waidüf Mapu*, ese lugar [que está] como aquí no mas... *Waidüf Mapu* está allí no más decía mi papá... ahí pasan a empezar a trabajar poco... cualquier trabajo... Es como la primera etapa... al entrar en Argentina... a Bahía Blanca llegaban... Buenos Aires también... *Wenusai* le decían... (Testimonio de Rosa Kuriwentru de Wilío).

Todos los pueblos y las culturas, en cualquier época y circunstancias, van ordenando y nombrando su mundo inmediato y lejano, allá hasta donde alcanza a abarcar su propio concepto del universo. Los pueblos se ubican en su cosmos estableciendo determinadas lógicas temporales y espaciales, en gran medida de acuerdo al lugar donde florecen, se achican o agrandan, se pierden o ganan. La mapuche no es evidentemente una cultura que mire hacia el mar, ni como referente principal de su dispositivo heredado ni como una dimensión probable para ser culturizada en su vastedad. La relación mapuche de la zona central de la Araucanía con el mar, acaso nunca fue de evidente potestad como para que, por ejemplo, en su cosmogonía aparecieran héroes míticos que hayan venido de alta mar a bordo de una canoa sorteadora de marejadas y cataclismos. El mar aparece en la mayoría de nuestros relatos en oposición complementaria a una tierra donde la especie humana se redime del exclusivo dominio del agua y asienta. Incluso en las zonas *Lafkenche* aledañas al océano, se accede a éste y se obtiene beneficio circunstancial sólo en sus orillas y entorno inmediato. El acceso mar adentro generalmente ha estado circunscrito a historias de restricciones fabulosas como la piedra *Mankian* o al *Nometulafken* -la tierra al otro lado del mar- donde para algunos mapuche van a parar los espíritus de los muertos. Este lugar, sin embargo, no es tan lejano









*Nometulafken (Isla Mocha) “la tierra al otro lado del mar - donde para algunos van a parar los espíritus de los muertos”.*







*El acceso mar adentro generalmente ha estado circunscrito a historias de restricciones fabulosas como la piedra Mankian o al Nometulafken la tierra al otro lado del mar.*

e inaccesible como para que no se vea en forma de isla desde la tierra firme, pues el viaje de los espíritus trasmutados no es tan largo. Por otra parte, las canoas tradicionales -*wampos*-, que en imitación a sus similares del mundo de los vivos trasladan a esos pasajeros en la muerte, nunca fueron diseñadas para largos viajes marítimos.

En tiempos de fulgor de los *napiülkafe*, ambos océanos, el Pacífico y el Atlántico, uno cercano por origen y el otro conocido por aventura, constituyeron las antípodas, la conciencia del fin de la tierra firme a ambos extremos de los caminos. Fue así porque ambos delimitan en sus ribetes externos precisamente la totalidad significativa del concepto *Wall Mapu*. Fue esa plataforma extendida y sus altibajos contenidos entre uno y el otro *lafken*, donde se expresó y aún se expresa lo esencial de la cultura mapuche tradicional, que a todas luces ha ordenado su perfil mirando tierra adentro. El ángulo inicial del espectador sapiente de esa mirada, según todas las evidencias, se estableció desde tiempo inmemorial teniendo a sus espaldas las costas del Pacífico. El macizo andino con sus múltiples accidentes y circunstancias, es el telón de fondo, el punto de fuga de los primeros golpes de vista en la mañana de la cultura y los días, ojeadas que naturalmente se enfocan hacia el oriente, tierra de cerros y *señ* -volcanes vigorosos- donde por germinación y auspicio en rogativas, se piden beneficios y poder. Toda tierra que en preeminencia se eleva por sobre el plano, un simple peñón rocoso o la cima de los volcanes y cerros, también los *adkintuwe* - miradores de altura - eran accidentes de enorme importancia en la configuración del mapa mental del territorio independiente. Desde allí se podía tener una visión con profundidad de un paisaje que a ras de suelo estaba delimitado en su perspectiva por declives y frondosos bosques.

También esa mirada mapuche se posó en tiempos anteriores en los puntos cardinales extremos, por eso existe un norte y un sur siempre avistados, pero que, a lo largo de la trayectoria histórica post-contacto con los europeos, fueron delimitados por una presencia extranjera de la cual ya no fue posible





*Desde allí, llegar a la punta sur del Calafquén o Trailafkén, como se le denominaba entonces.*

desligarse. La frontera del Bío Bío clausuró ya a mediados del siglo xvii el límite norte y salvó a los que allí se quedaron y que a comienzos del siglo xix pasaron a ser Pueblos de Indios. Ser mapuche ya era sinónimo de gente al sur del Bío Bío y hasta Chiloé. Un sur que en su diversidad de identidades y formas culturales también estaba seccionado por los enclaves heredados de los españoles y más tarde por la temprana colonización europea. Entonces, quedaba abierta la vista hacia el oriente, hacia la tierra que estaba detrás de esas montañas nevadas, por donde sale el sol y donde naturalmente se enfoca la mirada al salir por la puerta principal de las *rukas*.

El amplio complejo de huellas habilitadas por caravanas de viajeros en medio del paisaje natural ancestral, era verdaderamente el eje de aquella orientación que eficaz y libre duró hasta fines del siglo xix. Los caminos *-rüpiü-* no estaban trazados al azar en el medio de ese territorio, pues bien asentían a comunicaciones y tráficos que probablemente hayan existido por estas tierras ya desde antes de los españoles. Al parecer una huella central, equivalente a la carretera longitudinal actual, interrumpida por sectores poblados y todo lo que contenía un marco natural poco intervenido, era la columna vertebral de ese territorio. Desde la frontera del Bío Bío esta era la ruta que usaron

comerciantes, viajeros y luego los soldados chilenos para internarse en el País Mapuche. Otro sendero de importancia era el que transitaba el país por la orilla del océano, ruta que habían seguido los españoles en sus primeras incursiones y que en su parte sur, desde Valdivia, tuvieron oportunidad de recorrer viajeros como Paul Treutler. El otro camino importante recorrido por este personaje era el que saliendo desde Valdivia hacia el noreste, alcanzaba hasta Mariquina, para internarse luego cerca del actual Loncoche y desde allí, llegar a la punta sur del Calafquén o *Trailafkén*, como se le denominaba entonces. La otra variante era seguir hacia el norte, de nuevo en el sentido de la actual Carretera Panamericana, pudiendo así arribar a Pitruquén, punto de vital importancia en el *Ngulumapu*.

Muchas de las huellas de consideración, sobre todo aquellas con sentido oeste-este, utilizaban como referencia el curso de los ríos y en complemento a su corriente, los escogidos sitios donde estos torrentes podían ser vadeados por las excursiones de viajeros. Múltiples relaciones testimoniales y documentales hablan del río Toltén como uno de los polos articuladores de esa ordenación. Testimonios como los de Pascual Koña y otros muchos, certifican que a lo largo de todo el recorrido de ese río, por su orilla sur, iba adosada una huella que se prolongaba desde la costa del lago Budi hasta los pasos cordilleranos de Villarrica, Paimún y Carrerriñe. Quizás en razón de aquello y de la importancia que tenía como nudo vial, es que el poblado de Pitruquén tenía tanta importancia geopolítica en época independiente, que los descendientes de los Paillalef, tradicionales dueños de esas tierras, aún recuerdan.

Un segundo elemento asociado a los cursos de agua y trascendental en el ajuste y percepción del espacio autónomo, eran los significados atribuidos como ordenadores del entorno a los lagos. En lengua mapuche -en *mapudungun* - lago se dice *lafken*, lo mismo que el mar. Para la idea mapuche se podría decir que los lagos serían algo así como mares interiores, que por su ubicación en el territorio, a medida que se avanza de mar a cordillera, dan la percepción correcta de la extensión horizontal del paisaje abierto. Un lugar desplegado en ese rumbo, a la manera de una plataforma o una mesa que tiene accidentes varios como bosques, cerros y volcanes, pero que adquiere pleno sentido como totalidad, al ser los lagos como extensiones del océano. Ojos de mar, tal como lo insinúa la remembranza, que para algunos huele a candidez, pero que certeramente reafirma la toponimia en denominaciones como Calafquén (*Kalafkén*, el otro mar), antes mencionado como *Trailafken* o mar que brota, *Mayolafquén* (*Mallolafkén*, mar de aguas blancas). El Huechulafquén (*Wechulafken*, el mar del extremo, de la frontera o del término) es el lago-mar cordillerano que alegóricamente empieza en *ngulumapu* y va a morir en uno de sus brazos extendidos, como ningún otro, hacia el comienzo de las tierras planas de las pampas orientales. Oportuna aproximación de significado propio, no sólo para aquellos espejos de agua que en la Araucanía central son como las puertas de entrada que anuncian la aventura de los desfiladeros cordilleranos. La derivación significativa de *lafken* impregna de fuerza y alcance a la suposición que indica que, en primer lugar, los nombres de aquellos lugares fueron instalados por los primeros *napülkafe*, que en algún lejano momento, antes o después de los españoles, se empezaron a aventurar hacia el *Puel Mapu*, hacia ese paisaje abierto y yacente, en el que los jinetes, mientras más se internaban, podían llegar a terminar con la plataforma de tierra firme bajo las patas de sus caballos y experimentar de esta forma la inigualable sensación de haber recorrido toda la tierra hasta alcanzar el horizonte.

Pero antes de poder visualizar siquiera esa tierra plana que esta más allá del *Waiduf Mapu* quebrado, había que traspasar precisamente esas montañas de la cordillera de los Andes que favorecieron al establecimiento de la frontera. Esta es aquí mucho más que una línea imaginaria







*A lo largo del río Toltén, iba adosada una huella que se prolongaba desde la costa del lago Budi hasta los pasos cordilleranos.*





*El oriente, tierra de cerros y volcanes vigorosos, donde por germinación y auspicio, en rogativas se piden beneficios y poder.*





Volcán Villarrica.



trazada al arbitrio de algún acuerdo o capitulación. Existe, es plenamente tangible y en muchos de sus puntos es casi inexpugnable. Por eso es que hasta hoy día, salvo el caso de los pasos habilitados, trazados sobre antiguas huellas mapuche, son conocimiento exclusivo de iniciados y en otros tiempos poderío de quienes conocían sus secretos y controlaban sus rutas de acceso.

Boquetes cordilleranos como el de Villarrica (actual *Mamiüll Malal*), al parecer el más antiguo y reputado dada su transitabilidad casi ininterrumpida durante todo el año; el de los lagos Lacar y Pirihueico (que corresponde al actual paso Huahum) y los de Ranco y Riñihue, fueron conocidos y utilizados desde muchos años. Otra gran cantidad de pasos menores, muchas veces son sólo transitables en tiempo de verano. Importa aquí mencionar que falta el desconocido paso de Carrerriñe por donde pasó y volvió del *Puel Mapu* la expedición de Pascual Koña, que en la zona del lago Huechulafquén conocen como Paimún o de los volcanes, ya que en su trayecto pasa por una ruta que bordea los volcanes Lanín y Quetrupillán.

*Antiguas huellas mapuches son conocimiento exclusivo de iniciados.*













*Su trayecto pasa por una ruta  
que bordea los volcanes Lanín y  
Quetrupillán.*

Es bien probable que, cuando los caballos pasaron a ser parte y requisito ineludible del repertorio cultural mapuche, sólo ahí fue que el concepto de *Puel Mapu* debió cristalizar en promesa de prosperidad y aventura desafiante para los jinetes *nguluche*. Ese fue el tiempo en que las montañas nevadas tuvieron que abrir sus secretos y darle paso a algunos viajeros, los que pedían permiso y augurios en *Kuramalal*, el templete de piedra que vigilaba la entrada a las cumbres cordilleranas, allí donde los *Napiülkafe* por obligación debían pasar a pedir fuerza y buen augurio, para poder continuar su ruta. Un viaje exitoso al *Puel Mapu* era aquel que de vuelta traía el poder -*newen*- que allá se conquistaba, que otorgaban riqueza y larga vida a quienes lo poseían y que, según su fuerza, podía alcanzar a sus descendientes. En la memoria colectiva usualmente esos poderes estuvieron asociados a piedras de color azul o verde: “de esas piedritas que dicen que tienen poder... si uno no sabe usarlo termina la persona... eso hay en Argentina, de esas piedras poderosas que andan caminando...”

(Rosa Kuriwentro). Otras piedras “a veces las utilizan para ciertas afecciones... las hierven y con el vapor de esas piedras, dicen que se mejoran”. Se mencionan además las piedras blancas llamadas *mallo*, que tienen características parecidas a las anteriores. “Piedras que traían secreto... como le llamaban, lo molían así y lo tomaban [...] Para circular la sangre, pá tener fuerza la sangre.”, afirma don Brunildo Ñankulaf.

El expertizaje ecuestre, trazó huellas por aquí y por allá, que como las venas de un vertebrado, buscaron el mejor vado, arreglaron el desfiladero por la falda del cerro, se adaptaron a los declives y precipicios y finalmente se abrieron paso hacia donde los ríos corren al revés. Del otro lado apareció primero una franja parecida a la última antes de la montaña del lado occidental. Después de esa tierra quebrada y su bajada inmediata se empezó a llamar *Waiduf Mapu*, que también podría ser nombre de toda tierra detrás de un cerro o montaña y hasta se utilizó para los que viajaban al revés. Ese *Waiduf Mapu*, umbral perfecto del itinerario hacia aquel horizonte que de tan lejano es azul, semeja ese golpe de la mirada, que de una sola ojeada permitió a Pascual Koña mirar hacia el oriente y adelantar en su silueta, la promesa de su arribo. Únicamente cuando desaparece todo rastro de colinas y árboles, bastante más adentro del actual límite fronterizo que hace que hoy existan mapuche chilenos y argentinos, sólo ahí empieza a desplegarse el verdadero *Puel Mapu*. Que en palabras de don Manuel Mankepi,

es hasta donde llega la tierra, porque si doy un paso más piso en el agua. *Puel*, este es *Puel* para nosotros, cuando dicen *Puelmapu*... la tierra dura, donde podemos pisar, después ya encontramos agua no más. *Puelmapu*...

Las llanuras pampeanas, el *Puel Mapu* en todo su rigor, atrajeron irremediamente a los *nguluche* por su lejanía y riquezas latentes. En aquella tierra no había términos medios; o se regresaba poderoso en prestigio y ganados, o se moría en el intento. Tierra en que se dio la sorprendente paradoja que elementos culturales traídos por los europeos, como las vacas y caballos, encontraran sin quererlo el hábitat ideal para reproducirse libremente y a la vez enriquecer orgánicamente el suelo que llegó a contener miles y miles de cabezas. Este sorprendente mecanismo operó con una rapidez inusitada cambiando no sólo el aspecto objetivo del paisaje, sino que el imaginario cultural de varios pueblos. El *Puel Mapu* comenzó entonces a ser fabulado en los bosques húmedos occidentales a partir de las noticias que traspasaron la cordillera y anunciaron tiempos de riquezas y expectativas. Estas referencias de seguro llegaron al *Ngulumapu* acompañadas por imágenes tan arrebatadoras como el







mar de caballos alzados y sin dueños que llegó a rodear por un lapso de tres semanas a un viajero de mediados del siglo XVIII.

Esta imagen se adhirió en lo más profundo de las conciencias y fantasías y en su expresión concreta hacía recorrer miles de kilómetros a los *napiülkafe* occidentales, en viajes que duraban a veces dos o tres años. Un viajero estaba obligado por ese imaginario a volver con señales de su paso por aquellos parajes y sus ademanes de distinción eran las tropillas de caballos, guiados por la campana de la “madrina” -la potrancia guía de la tropilla- que a los lejos anunciaban su regreso, los recuentos infinitos y los agasajos de los parientes o de la *kastaimpe*, esposa que esperó a su marido viajero.